

EL NUDO CORPORAL

Dentro de los numerosos afectos que se expresan a través del cuerpo – cólera, vergüenza, tristeza, júbilo, etc.- la angustia desempeña un papel clave, por lo menos en la obra freudiana. Quien se dedica a leerla sabe que Freud construyó dos teorías diferentes a propósito de este afecto. No se trata ahora de examinarlas cuidadosamente, sino de apreciar cómo Freud articula la relación entre lo que él reconoce como pura propiedad del cuerpo – las *cantidades* Q_1 del *Proyecto*, por ejemplo, o los *afectos*- y las *representaciones* que circulan a través de lo que él llama muy temprano el “aparato psíquico”.

Por supuesto, la palabra “*Vorstellung*” era absolutamente común en alemán, tanto en la tradición filosófica como en la tradición psicológica, y Freud podía emplearla sin más comentario, seguro de que sus lectores pudieran captar sin ningún problema el sentido de lo que quería decir con ésta. Pero su punto de partida físico en la construcción de su aparato psíquico nos plantea un clivaje decisivo entre *afectos* y *representaciones*, un clivaje tan habitual que lo practicamos sin verlo, sin escucharlo, sin entenderlo.

Ahora bien, para articular estas dos vertientes extranjeras una con la otra, Freud utiliza regularmente la misma palabra, la de “soldadura” (*Verlötung*). Ésta es decisiva también cuando se trata del concepto de pulsión, este “concepto límite entre lo psíquico y lo somático”. Al final del primer capítulo de los *Tres ensayos*, escribe:

La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una *soldadura* (*eine Verlötung*), que corramos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto.¹

Y no es una mención aislada. La misma palabra interviene también al calificar el funcionamiento de la fantasía que resulta de una *soldadura* entre un *Lustgewin* (“una ganancia de placer a partir de una zona corporal que debemos considerar como erógena”), y una *Wunschvorstellung*, (“una representación de deseo que proviene del dominio del amor de objeto”).
Última cita de Freud :

¹Sigmund Freud, *Tres ensayos de teoría sexual*, O.C., T. VII, Ed. Amorrortu, Argentina, p. 134.

Este compuesto es por supuesto una soldadura². (*Diese Zusammensetzung ist bekanntlich selbsteine Verlötung*).

Este “*bekanntlich*” basta para mostrar a qué punto Freud estaba acostumbrado a esta palabra para designar el tipo de articulación que se impone entre afectos y representaciones como entre la carga física de la pulsión y su representante psíquico. Y nosotros hemos heredado, sabiéndolo o sin saberlo, esta división que separa conceptualmente lo que esta “soldadura” une prácticamente. A su manera, este congreso me parece situarse justo encima de esta falla y de esta oscura “soldadura” freudiana, pero me gustaría considerarla desde un punto de vista epistemológico antes de atacarla desde la clínica.

Entre los freudianos ortodoxos, fueron bastante frecuentes las tentativas de no considerar tal separación entre afecto y representación como algo imprescindible, alegando de que Freud no fue tan claro en este punto altamente teórico y que se puede sostener una cierta relación directa del afecto con la representación, hasta pensar en una *represión del afecto* como hay una represión de la representación. Fue, por ejemplo, una ambición manifiesta de André Green en su libro *Le Discours vivant* (1973), en el cual intenta probar que en Freud, hay realmente una vía para pensar tal represión del afecto. Es notable que para sostenerlo, Green no concede ni el más mínimo comentario a la palabra “soldadura” que acabamos de ver como clavija maestra en esta puesta en relación de lo somático con lo psíquico, en la obra freudiana.

No es por casualidad que esta posición fuera sostenida en Francia por Green, uno de los franceses más relacionados con el mundo anglosajón del psicoanálisis. Encontramos aquí un dato cultural muy oculto que opone silenciosamente a los países del *Common Law* de habla inglesa (Inglaterra, Estados Unidos, los países del Commonwealth) con una vasta y prolífera cultura continental que atraviesa muchas lenguas, y ha desbordado masivamente en América latina. En los países de *Common Law*, se encuentra una especie de duda sistemática con respecto a cualquier separación *de principios* entre los datos simbólicos (lenguas, teorías, cálculos) y sus referentes mundanos –lo que se transparenta bastante bien en el pragmatismo anglosajón–, mientras que en una área continental siempre más cartesiana de lo que se piensa, este dualismo se inmiscuye por todas partes sin que ni siquiera alguien se de cuenta de algo.

Para dar una idea más creíble de algo tan impreciso, recurriré a unos datos lexicográficos. Si ustedes toman el libro de Hinshelwood *A Dictionary of Kleinian Thought*, y hojean al índice, no encontrarán ninguna mención de la palabra “*Affect*” (afecto) ni de “*idea*” (representación), ni de “*presentation*” (otra traducción, a veces, del alemán *Vorstellung* al inglés³). Si, al contrario, ustedes buscan los mismos términos en el *Vocabulaire de la psychanalyse* de Laplanche y Pontalis, encontrarán por supuesto, la palabra “*Affect*” (una página y media), y siete entradas de la palabra “*représentation*”: “*représentant de la pulsión*”, “*représentant psychique*”, “*représentant-représentation*”, “*représentation*”, “*représentation but*”, “*représentation de chose*, *représentation de mot*”. De ahí el

² S. Freud, « Les fantasmes hystériques et leurs relations à la bisexualité », *Névrose, psychose, perversion*, PUF, Paris, 1983, p. 151. Pour l'allemand, *Studienausgabe*, vol. VIII, Fischer Verlag, Frankfurt, 1971, p. 191.

³ En el diccionario de Charles Rycroft, se encuentran ocho líneas por el término “*Affect*”, y una pequeña página por el término “*representation*”.

hecho de que en el psicoanálisis de Klein, de Bion, de Winnicott y de tantos otros autores de habla inglesa, no importe tanto esta separación que labora silenciosamente en otras partes del vasto mundo freudiano. Y entonces: ¿Qué con Lacan?

La gente que habla de Lacan sin ni siquiera leerle, le reduce a lo que hizo su reputación: su teoría del significante, y deplora su olvido del cuerpo, del afecto, y de todo lo que podría escapar al lenguaje en el funcionamiento mismo del tratamiento analítico. Agregó que se opuso claramente a la posibilidad de que el afecto sea reprimido (razón del punto de ataque de Green), exponiéndose a la crítica feroz de “intelectualismo” que reduciría el ser humano al “parlêtre”, estacriatura que interesaría al analista en la única medida en que habla, y no hace sino hablar.

Verdad que en su “retorno a Freud” y en su promoción de lo que se llamó la “primacía de lo simbólico”, en su enseñanza de los años sesenta, Lacan parece ofrecerse a esta crítica. Pero el cambio decisivo para nuestra cuestión de hoy intervino cuando Lacan se dio cuenta de los excesos que producía su primacía de lo simbólico en algunos de sus alumnos como en su propia enseñanza, y reaccionó con una invención suya, apoyándose en el nudo borromeano, para sostener lo que llamó la “equivalencia de las tres consistencias”. Desde aquel entonces en adelante, hizo mucho caso del hecho de que en un nudo borromeano, las tres cuerdas que lo componen están anudadas de tal modo que, si se corta una cualquiera, el nudo se deshace y cada cuerda va por su lado. No hay una para dominar, y tampoco ningún acoplamiento entre dos. Ni la sombra de una “soldadura” o de un anudamiento que las uniría dos por dos.

Me dirijo aquí a los que han frecuentado, por lo menos un poquito, los seminarios, y pueden, a través de la palabra “consistencia”, dar sentido a las tres dimensiones de lo imaginario, lo simbólico y lo real que Lacan había lanzado desde el inicio de su enseñanza, en 1953. Promover una “equivalencia” entre las tres era un paso decisivo para decir que cada una tiene el mismo valor en la determinación del sujeto que acogemos en la transferencia, que lo imaginario vale tanto como lo simbólico, que vale tanto como lo real, que vale tanto como lo imaginario... “El significante representa al sujeto para otro significante”, sí, la fórmula del inicio de los años sesenta que define el sujeto como producido en la dimensión simbólica sigue estando vigente, pero también lo imaginario del ensueño o lo real de la pérdida determinan igualmente a este sujeto, aunque diferentemente.

Debo decir que empecé a escuchar a Lacan dictando sus seminarios al inicio de los años setenta, en el momento en que él se lanzaba en este punto de la ~~llamada dicha~~ “equivalencia”, la cual me dejó en su momento estupefacto. En aquel entonces, estudiaba ~~la~~ semiótica después de ~~la~~ historia, muy especialmente a Peirce, y las tres categorías lacanianas me parecían bien planteadas, pero me preguntaba: ¿Cómo diablos sabe que son equivalentes? ¿Qué le permite producir tal aserto con tanta certeza? Debo también reconocer que esto fue parte de lo que me hizo pasar de la búsqueda académica a la práctica analítica.

Si me arriesgo a contar todo esto, es porque la noción de consistencia que condujo a Lacan hacia esta equivalencia de las tres dimensiones, sigue pareciéndome de mejor veta que la soldadura freudiana, aunque cumplan el mismo trabajo: atar consistencias heterogéneas. Con esta diferencia: la naturaleza del material de la soldadura freudiana –lo que permite soldar-, sigue siendo algo muy

opaco, que no estamos en capacidad de comentar ni de explicar, mientras que, con la equivalencia lacaniana, lo que una puntualmente lo real y lo imaginario se concibe como simbólico, lo que una lo simbólico y lo imaginario se concibe como del orden de lo real, siempre que este real empuje afuera del dualismo freudiano para alcanzar una triplicidad más afín a la cosa analítica.

Los impactos sobre la clínica, el modo de intervención del analista, el valor de su presencia, son muy diversos y se pueden localizar de numerosas maneras. Me contentaré con un solo ejemplo: la cuestión de saber si lo real del trauma es más decisivo que la de la formación de la fantasía, o si es totalmente al revés, como Freud parecía indicarlo con el abandono de su concepción traumática de la histeria. Esta cuestión que ha desgarrado a la comunidad freudiana durante décadas, se volatizó para los lacanianos de la equivalencia sin que, sin embargo, se desentiendan del trauma o de la fantasía.

Los vericuetos de lo que le ocurre al cuerpo –y no solo a través de las enfermedades llamadas “psicosomáticas”, sino también con respecto al goce sexual, al sufrimiento amoroso, a la pesadez del sentimiento de la vida nuda, a los trastornos ocasionados por las drogas, a los apapachos del viento al borde del mar, al gusto del silencio en la noche, a la felicidad después del esfuerzo físico- todo esto forma parte de lo que agujerea la palabra del analizante para darle sople y existencia, si al menos un analista acoge con simplicidad estas vivencias como compañeras, semejantes de su presencia silenciosa. El cuerpo habla, sí, por supuesto, pero su mutismo activo también amerita un respeto paciente.